

TRIBUNA EXTREMEÑA

El alma de los monos

AGUSTÍN MUÑOZ SANZ

La existencia del alma es un asunto de enorme importancia que ha ocupado el interés de multitud de filósofos, escritores, místicos y otra gente rara dedicada al exótico arte de pensar desde que el ser humano tiene razón y la usa para preguntarse cosas (por lo general, sin respuestas definitivas). Platón nos cuenta en uno de sus más impactantes 'Diálogos' ('Fedón, o de la inmortalidad del alma') la muerte ejemplar de Sócrates, un modelo de ética, y, de paso, su firme creencia en la inmortalidad del alma. Así se abrió para la Historia un debate no cerrado aún, aunque hayan participado en él cabezas tan privilegiadas como las de Plotino o san Agustín (miembros de la ilustre especie *Homo sapiens sapiens*, al cabo un tipo más de homínido todavía en fase de evolución no acabada).

Si se acepta que el alma existe, como lo hacen Sócrates, Platón, Spinoza, Kant y la Iglesia Católica, parece razonable suponer que debe de estar situada en algún lugar del cuerpo. La búsqueda del lugar físico donde se aloja el alma no ha merecido menos atención que su propia existencia. La Filosofía y las religiones no han conseguido encontrar tan privilegiado distrito. Es muy sintomático que sea precisamente la Ciencia, que todo lo cuestiona, la disciplina que ha tratado de demostrarlo del modo más convincente. Francis Crick, ganador junto a su colega James Watson del premio Nobel de Medicina por su hallazgo del origen de la vida en la cadena de ADN, trató hace unos años de buscar el sitio físico donde estaría el alma (la consciencia, según su terminología menos metafísica y más en línea con el lenguaje de la Neurobiología). Crick propuso una zona concreta del cerebro humano, el tálamo, bonito nombre, como lecho del alma (tálamo significa habitación interior). Dicho de un modo elemental: el alma, la consciencia, la psique o el espíritu se alojaría en un conjunto de neuronas especializadas que se comunican mediante señales químicas con otras neuronas cerebrales.

Cabe pensar, y esto lo digo yo y no el profesor Crick, que todo cerebro desarrollado y con tálamo también puede tener alma. ¿Tienen alma los monos? Desde el descubrimiento de la estructura del ADN, hasta hoy, se ha avanzado mucho en el estudio del genoma humano y de animales menos com-



plejos. Se sabe, por ejemplo, que el ser humano comparte más del 90% del material genético con seres inferiores en la escala inteligente (la mosca, el gusano o la rata); y más del 99% de los genes humanos son idénticos a los de los monos, nuestros parientes más cercanos en la evolución. Me temo que esta certeza científica -la homología genética entre el ser humano y el mono-, no complace a todos los seres humanos por igual, la única especie donde concurren la soberbia y la prepotencia, satélites del ombligo. Sirva de prueba recordar que al mismísimo Charles Darwin se le intentó ridiculizar emparentándole de for-

ma despectiva con los monos cuando, acabado su viaje en el 'Beagle', propuso su hoy celeberrima teoría de la evolución de las especies. Y mucha gente que no le llega a Darwin ni a la suela de sus benditas botas viajeras, todavía hoy no acepta que podamos ser ni siquiera vecinos del mono en el patio apretujado de la evolución. La evolución, como dijo Jacob, es chapucera.

Claro que de monos, como de seres humanos, hay muchas clases y de diversa condición. Yo acepto plenamente la teoría de la evolución y también asumo sin rechistar que algunos monos, como los chimpancés y, algo más alejados, los oranguta-

nes y los gorilas, son parientes muy cercanos a nosotros. Vamos, mis primos. Quienes saben de conducta y comportamiento animal, como Jane Goodall, recientemente premiada con el Príncipe de Asturias, argumentan de modo concluyente las numerosas similitudes (individuales, familiares, sociales) entre algunas especies de monos y los seres humanos. Nada se puede añadir a la opinión autorizada de los expertos en Etología: aceptemos el parentesco.

Pero, ¿tiene usted, o tengo yo, algo en común con algunos de los personajes que saltan, gritan, discuten y ventosean por la boca sonidos guturales en las jaulas televisivas? Respecto al lenguaje y a la campaña pro sexo ad perpetuum de alguno de estos bípedos: '...haciendo el amor, por la mañana, haciendo el amor, y por la tarde...', ¡señor, qué potencia!, ¿es más instructivo para alguien de nuestras casas que la conducta natural de los monos bonobos, tan aficionados como son, los muy chingones, al sexo libre y promiscuo? El afamado Hotel Glam, donde han convivido varios ejemplares machos y hembras de homínidos muy poco ejemplificantes, también son -no se me asusten, carajo- parientes nuestros. Si uno observa y compara alguno de los documentales de Jane Goodall con determinadas puestas en escena del hotel-zoológico, o de otros programas de parecida órbita pajillera, llegará a la conclusión -sin ser Sócrates, Platón, san Agustín ni la más modesta Jane- que el comportamiento y la actitud ante la vida y frente a las cámaras de los monos silvestres del reino de los simios es mucho más digna que la de los homínidos asilvestrados del reino de los dinios. ¿Qué tiene que ver esta caterva de berracos amorales con el alma de los monos? En mi opinión, nuestros primos los monos tienen un alma más digna y limpia que la de algunos humanos: un alma no prostituida por los 'valores' asociales que exhiben con tanto descaro los hoteleros y demás ejemplares -vaya periodistas- de las jaulas-zoológicas exhibidas a diario en las televisiones patrias. Una recomendación final para los menos convencidos de esta hipótesis: lean, por favor, la etiqueta del anís del mono. Dice: 'Es el mejor, la ciencia lo dijo y yo no miento'. ¿El anís? No. El mono.

■ AGUSTÍN MUÑOZ SANZ, profesor titular de la Universidad de Extremadura

HOJA DE CALENDARIO

La otra mentira

PEDRO VILLALAR

YA no parece haber duda razonable sobre el hecho de que Bush mintió a sus ciudadanos al enunciar los argumentos que justificaban la guerra contra Irak. Ni había armas de destrucción masiva (y si las había, no constituían una verdadera amenaza para la región), ni dichas armas podían ser activadas en cuestión de minutos, ni el régimen de Sadam Hussein mantenía estrechas vinculaciones con Al Qaeda, ni Bagdad estaba en tratos con algún país africano para comprar uranio enriquecido para fabricar bombas atómicas... El Partido Demócrata, con el pretexto de que aquellas informaciones suponen un gran fracaso de los sistemas de espionaje norteamericano, están buscando las vueltas al Gobierno republicano, y Rumsfeld acaba de ser sometido a un duro e irónico interrogatorio por parte del Congreso sobre el particular.

Pero ha habido además otra mentira: la de que el proceso de paz del Próximo Oriente no estaría avanzando si no hubiese caído el régimen de Sadam Hussein, que ha cambiado los equilibrios de la región. Con Sadam Hussein en el poder, el proceso de Oslo estuvo a punto de fructificar, y lo hubiera hecho si el Likud, con el beneplácito norteamericano, no lo hubiese boicoteado hasta destruirlo. Si la 'Hoja de Ruta' llega a buen puerto, no será por la guerra de Irak, sino porque Washington no puede cargarse de mayor impopularidad en una zona que aspira a controlar absolutamente.

SIN TRAMPA

Puridad e ilusión democrática

EN la barahúnda de la vida es habitual que el ciudadano haga dejación de muchas de sus responsabilidades intrínsecas en manos de los representantes que, a veces, ha elegido -u otros han elegido- y que el sistema le garantiza, por un sencillo acto reflejo o por egoísmo educacional. Recae, entonces, en los políticos una responsabilidad adyacente que entra, por otro lado, en las reglas del juego democrático. El problema, a mi modo de ver, estriba en la merma del porcentaje de votación.

En México ha acudido a las urnas menos del 50% de la población. Las explicaciones de politólogos, sociólogos y periodistas en cuanto a la tradición cultural (en términos socioeconómicos y políticos) del voto y a la quiebra de las expectativas que creó Fox en sus promesas y esperanzas de cambio y la realidad en la gestión política, siguen siendo insuficiente. Precisamente, una de las lacras patentes en numerosos países es la gran diferencia entre lo que se promete en las

campañas electorales y lo que se materializa en la acción del gobierno. Pero a eso, desgraciadamente, están acostumbrados y no constituye una sorpresa. En USA ocurre desde hace años lo mismo con una abstención tremenda.

El problema estriba, y es lo que en verdad nos preocupa, cuando se aplica a nuestro país, que tiene por otro lado una tradición democrática tan corta que no podemos presumir de ella en algunos foros internacionales por mucho que lo intentemos. Y advertimos que los lugares comunes de "todos son iguales" y "es lo mismo, es cosa de políticos" ha tomado tal carta de naturaleza que vemos muy difícil la regeneración o la escalada democrática (ahora que se celebra el Tour) si seguimos por los caminos que transitamos en estos momentos, entregados al guión de la globalización-claudicación o inercia suicida o, lo más grave, a una cierta incapacidad dominante o absorción de la impotencia, dicho en términos generales en los

que caben excepciones.

Vamos a la baja democrática, sobre todo en la fe. Cada vez hay más gente que cree menos en los políticos, lo que significaría el triunfo de Franco (y otros dictadores de la Historia con su negación de la libertad), y en esta tierra nuestra, la pervivencia o resurrección de los caciques revestidos con nuevos ropajes, por supuesto. Y hay mucha tropa dispuesta a apuntarse de nuevo a las catacumbas. Lejos de nuestro ánimo el aventurar una especie de catastrofismo democrático, sino de advertir que la merma en la participación hace más imperfecto el sistema y las consecuencias, en el futuro, serán impredecibles.

En roman paladino, por las circunstancias actuales, ahora todo es responsabilidad de los políticos. Cualquier gesto, cualquier fallo, redundará en el futuro. Y conviene recordar que cuando los árboles no nos dejan ver el bosque hay que trascender mirando al horizonte con generosidad.

LUIS ANGEL RUIZ DE GOPEGUI

